

# NEW LEFT REVIEW 96

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2016

## EDITORIAL

PERRY ANDERSON

La casa de Sión

## ARTÍCULOS

IVÁN SZELÉNYI

Capitalismos después del comunismo

WALTER BENJAMIN

Junto a la chimenea

VERÓNICA SCHILD

Los feminismos en América Latina

CARLOS SPOERHASE

Seminario vs *mooc*

MARCO D'ERAMO

Vida portuaria

SVEN LÜTTICKEN

*Personajificación*

## CRÍTICA

FRANCIS MULHERN

La pervivencia de la Comuna

JEFFERY WEBBER

¿Desarrollo verde?

JOHN NEWSINGER

El famélico Raj

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES  
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CARLOS SPOERHASE

## EL SEMINARIO FRENTE A LOS *MASSIVE OPEN ONLINE COURSES*

**D**AVID BROMWICH HA expuesto recientemente cómo la irrupción de los *massive open online courses* o MOOC, considerados la actual panacea educativa, presuponen una idea muy determinada de la comunidad intelectual: «en el núcleo del modelo MOOC anida la idea de que la educación es *una actividad mediada, pero no social*. Esta idea es tan extraña como lo es pensar que el descubrimiento de la verdad es una actividad social pero no mediada (una idea compartida por comunidades de fieles extáticos)»<sup>1</sup>. El certero análisis de Bromwich no nos revela si existe un modelo alternativo de educación superior que sea *una actividad mediada y social*, pero de hecho sí existe y lo hemos tenido a nuestro alcance por lo menos desde finales del periodo ilustrado. En el núcleo de la enseñanza de las humanidades, en la mayoría de las universidades occidentales, anida el seminario académico. MOOC pretende ser el heredero indiscutible de esta forma de enseñanza discursiva e interactiva. Pero, ¿de dónde procede el modelo pedagógico del seminario? Y, ¿cómo puede la historia de su desarrollo conformar nuestra comprensión moderna de la educación superior y, con ello, el potencial de los cursos virtuales?

En los primeros momentos de la modernidad, la forma característica de enseñanza en los estudios universitarios era la conferencia. A finales del siglo XVIII, esta situación empezó a cambiar. Los escritos de reforma de la educación de Fichte, Schelling, Humboldt y Schleiermacher propusieron una forma de estudio cuya actividad didáctica principal no fuera tomar apuntes diligentemente en la sala de conferencias, sino más bien la investigación independiente. Para lograr esto intentaron, en primer

---

<sup>1</sup> David Bromwich, «The Hi-Tech Mess of Higher Education», *The New York Review of Books*, 14 de agosto de 2014.

lugar, asignar una nueva función a las conferencias: ya no se trataba sencillamente de transmitir un material, esto se podía aprender mucho mejor en solitario, en la compañía tranquila de los libros más relevantes. Lo que ahora se pretendía era que las conferencias hicieran tangible, visible, el proceso de cognición mismo, y, de esta manera, estimular a los estudiantes a emprender un «aprendizaje intelectual autoguiado». No obstante, limitarse a alterar el formato de la conferencia no fue suficiente para dar entrada al aprendizaje inquisitivo dentro del contexto del antiguo sistema. La nueva tendencia de la teoría de la educación únicamente pudo afianzarse mediante la implementación de otra medida. El seminario, una nueva institución, mucho más adecuada que las conferencias para convertirse en el entorno de investigación del conocimiento universal, sería el encargado de poner el acento de estas concepciones idealistas.

En los comienzos del siglo XIX, el término «seminario» designaba una institución compleja, un espacio que posibilitaba la unión de la enseñanza y de la investigación. El seminario era una nueva unidad organizativa dentro de la academia, con su presupuesto propio para adquirir libros o para dotarse de becas. Tenía un local específico, una sala de reuniones, que, posteriormente, solía también albergar una biblioteca con materiales de consulta, así como zonas de alojamiento. Los miembros del seminario accedían a él de manera preferente. En este lugar se producía la nueva modalidad de aprendizaje. Allí, en un horario determinado, se reunían los miembros para emprender un aprendizaje conducido mediante la investigación, bajo la guía del director del seminario. Se instruían a sí mismos en los métodos filológicos e históricos, componían textos escritos para el seminario y, en último término, acababan por modelar su propio comportamiento según el ejemplo de su director. En un primer momento, el seminario funcionaba como una forma novedosa de reclutar y preparar a los profesores de enseñanza secundaria, pues se esperaba que los profesores que habían tenido formación investigadora impartieran lecciones mejores y más estimulantes. Sin embargo, dentro de la Universidad, el seminario también suponía una nueva manera de crear diferencias dentro del cuerpo estudiantil. Solo los individuos con mejores resultados podían convertirse en miembros de pleno derecho del seminario; a menudo se les ofrecían becas y, puesto que las reuniones del seminario eran, en general, públicas y atraían muchos asistentes, el estatus privilegiado de los miembros se hacía evidente para los foráneos. La actividad del seminario obligaba a sus miembros a formarse en tanto que individuos: tenían que desarrollar

sus propios intereses, trabajar de manera independiente, inspirarse por sí mismos, es decir, comprometerse con la «investigación».

Uno de los primeros modelos de esta compleja institución ya estaba en funcionamiento en la época de las reformas de las universidades alemanas de finales del siglo XVIII: el seminario de filología clásica de Friedrich August Wolf en Halle<sup>2</sup>. Apoyándose en un precedente de la universidad de Göttingen, donde él había estudiado, Wolf diseñó e implementó su plan en unos pocos meses a primeros del año 1787. Con el apoyo del ministro prusiano de Educación, Karl Abraham von Zedlitz, en septiembre de ese mismo año estableció la institución del «seminario» como parte constituyente del sistema de educación prusiano. Wolf se convirtió en el director de un seminario con doce miembros, a los cuales ya había logrado garantizarles una beca. El concepto central del seminario es que un buen profesor también debe ser un investigador. Solamente aquellos atraídos por «la llamada de las cosas mismas» y que, por lo tanto, pueden emprender una investigación de manera independiente, son adecuados para ese papel. La investigación filológica de la antigüedad inspirada por la llamada de las cosas mismas, como, por ejemplo, las lenguas, las literaturas y otros vestigios culturales, era algo que se suponía que no se emprendía por ningún fin específico, sino más bien por sí misma, liberada de los inhibidores cálculos de los costes y los beneficios que gobiernan nuestra vida cotidiana. Wolf mantuvo su programa durante los siguientes diecinueve años, formando investigadores que, en tanto que tales, lograron buenos puestos en el sistema educativo prusiano y continuaron con su investigación filológica. Los estudiantes, que eran admitidos en el seminario en virtud de su rendimiento académico y de sus habilidades, formaban un pequeño grupo privilegiado, dedicado a la investigación, dentro de la universidad. El seminario de Wolf marcó un rumbo decisivo en la práctica de la educación universitaria, puesto que él la concebía como un grupo de trabajo cuyas actividades no tenían nada en común con la forma acostumbrada del aprendizaje universitario. Mientras que el resto de los estudiantes seguía limitándose a acudir a las conferencias, los miembros del seminario recibían formación en los métodos filológicos. Ahora el seminario no era únicamente,

---

<sup>2</sup> Friedrich August Wolf (1759-1824), fundador de la filología moderna, más conocido por sus *Prolegomena ad Homerum* (1795), en los que se propuso demostrar la opinión, no original suya, de que las obras de «Homero» eran versiones que mezclaban poemas previos mucho más breves, de diferentes autores. Se le nombró catedrático en la Universidad de Halle y enseñó allí hasta el momento de la victoria decisiva de Napoleón en Jena en 1806, tras la cual se retiró a Berlín, donde permaneció la mayor parte del resto de su vida.

o ni siquiera principalmente, un espacio para generar y comunicar conocimientos: por encima de todo, era un espacio donde desarrollar *habilidades y competencias*.

¿Por qué medios se iba a lograr esto? En opinión de Wolf, el principal era adquirir práctica en la interpretación. En contraste con el uso actual del término, esto implicaba tanto la crítica textual como la explicación gramatical y léxica. Estos ejercicios entusiasmarían a los miembros del seminario; les mostrarían que la atención filológica a los más nimios detalles podría desembocar en hallazgos innovadores, como había demostrado el ejemplo personal de Wolf, con sus *Prolegomena* y la controversia que provocaron. La segunda práctica consistía en escribir ensayos. Los miembros perfeccionaban artículos sobre temas que ellos mismos habían escogido. Esto era una novedad en 1800. La escritura académica como parte de la enseñanza universitaria era únicamente obligatoria para los miembros del seminario. El seminario fue decisivo a la hora de establecer la escritura como el *modus operandi* primordial de la enseñanza académica. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre hoy en día, el ensayo del seminario no tenía como fin principal obtener una nota que evaluara ese curso; no era un instrumento generalizado mediante el cual evaluar los rendimientos del mismo. Quienes escribían ensayos ya habían sido aprobados simplemente mediante su admisión en el seminario. El ensayo era más bien un texto de tipo académico orientado hacia un discurso erudito específico de la disciplina y hacia la innovación especializada. En ocasiones estos ensayos contenían también tesis, que podían ser objeto de una discusión oral. El estudiante defenderá su tesis frente al análisis crítico de un antagonista, elegido por él mismo de entre otros miembros del seminario. La forma tradicional del examen académico había sido la exposición de los conocimientos adquiridos en el curso de un debate oral. El seminario la adoptó y formalizó como un ejercicio continuo.

Sabemos qué aspecto tenían estos ensayos, con los que muchos de quienes posteriormente fueron eruditos prominentes dieron sus primeros pasos en la «investigación», conocemos cómo se presentaban y cómo se editaban y criticaban. El legado literario de Wolf, depositado en la Staatsbibliothek de Berlín, contiene más de un centenar de ejemplares. Los ensayos abarcan todo el periodo del seminario de Halle y varían en longitud, desde unas pocas páginas hasta más de cuarenta. La paleta de estilos de estos ensayos filológicos es amplia, incluyendo, por

ejemplo, explicaciones gramaticales, interpretación de pasajes difíciles mediante la revisión o corrección, ejercicios de autenticación, atribución y fechado, recopilaciones lexicográficas o comparaciones críticas entre interpretaciones. Además hay traducciones al latín o al alemán, crítica de traducciones publicadas y comentarios sobre fuentes primarias o sobre problemas históricos o filosóficos. Los ensayos suelen estar encuadernados, cosidos y cuentan con una portada; a veces tienen notas a pie de página, pero siempre dejan un margen ancho para las correcciones. Antes de su presentación y defensa ante el seminario, se sometían al juicio del director. Wolf los leía atentamente. En la mayoría de los ejemplos que han sobrevivido hizo correcciones. Señalaba los errores de contenido, corregía las faltas lingüísticas y encauzaba al estudiante hacia hábitos de trabajo más académicos. Pero la crítica no procedía únicamente del director del seminario. Se suponía que los estudiantes tenían que aprender a evaluarse mutuamente. Que los estudiantes ejercieran la crítica era una práctica asentada, no solo en la forma familiar del debate oral sino también mediante borradores por escrito.

Muchos aspectos de este modelo de seminario filológico-histórico se diseminaron internacionalmente desde finales del siglo XIX e influyeron hondamente sobre la educación superior en el campo de las humanidades de una amplia variedad de culturas académicas<sup>3</sup>. Sin embargo, el seminario propio de la universidad alemana del siglo XIX tenía un aspecto muy diferente de los MOOC actuales, no solamente porque era presencial. En muchos sentidos, los dos modelos son totalmente diferentes. El seminario no era *masivo*, porque siempre implicaba a un pequeño grupo de personas. No era *abierto*, porque los participantes tenían que estar a la altura de una elevada exigencia intelectual para poder ser admitidos. Y, por encima de todo, no era un *curso*, sino más bien un grupo en el que el estudiante emprendía una investigación intensamente colaborativa durante un periodo de dos o tres años. Dentro del seminario se tejía una red de compromiso intelectual recíproco y de confianza personal, que formaba una cultura académica que combinaba una estrecha evaluación y crítica recíprocas con un énfasis en cultivar la independencia del individuo.

---

<sup>3</sup> Para ver una muestra impresionante de ello, entre otras, puede consultarse, Anthony T. Grafton, «In Clio's American Atelier», en Charles Camic *et al.* (eds.), *Social Knowledge in the Making*, Chicago, 2011, pp. 89-117.

La voces que se escuchan en el debate actual sobre los MOOC opinan repetidamente que estos bien podrían ser los sucesores de esas venerables formas de enseñanza académica. Hace tiempo, cantando sus alabanzas, John Lanchester subrayó que aunque los MOOC requerirían una «menor presencia física», los jóvenes estudiantes todavía podrían acudir «físicamente» a una universidad para «conocerse unos a otros y hacer todas esas otras cosas que los jóvenes deberían querer hacer mientras aún son jóvenes»<sup>4</sup>. Esto muestra que el fin pedagógico original de una universidad moderna basado en la presencia física ya no está muy claro. Las administraciones universitarias están promocionando intensamente los MOOC debido a su potencial inmenso para recortar costes de personal; después de todo, dependen en mucha menor medida de la presencia física de los profesores. Si hoy parecen ser, para algunos, los sucesores posibles del seminario, es únicamente porque han olvidado cuál era su propósito. El tercer principio rector de Wolf era la conversación personal. Los antiguos participantes en sus seminarios, cuando escribían sus memorias, ponían un énfasis particular en ello. Era un aspecto integral de la experiencia educativa que Wolf visitara a los participantes en el seminario, que se diera un paseo con ellos o incluso que se uniera a ellos en el «simposio» de la noche. Los intereses especializados se entretrejan estrechamente con el contacto personal en la vida diaria. Significativamente, Wolf se negaba a que le pagaran de la manera habitual las tutorías «privadas» que impartía a sus estudiantes, afirmando que la relación entre el profesor y los seminaristas era una relación colegial.

Los compromisos que implicaba el seminario, enormemente ambiciosos y exigentes intelectualmente, presuponían un contacto personal intensivo y permanente. El aspecto decisivo no era la adquisición de conocimiento, que se podía lograr igualmente mediante una conferencia, sino el desarrollo de las competencias científicas a través de la formación de una comunidad de investigación. La experiencia del seminario muestra con claridad que el aprendizaje logrado depende en igual medida tanto de una comunidad cercana como del contenido que se imparte. Está por ver aún si los MOOC, que habitualmente no establecen este tipo de interacción personal, pueden aprender de esa cultura de comunicación, colaboración y crítica tan especial del seminario.

El seminario no solo invitaba a los estudiantes a trabajar de manera autónoma sobre temas concretos; les daba la oportunidad de formar parte de

---

<sup>4</sup> John Lanchester, «Short Cuts», *London Review of Books*, 21 de noviembre de 2013.

una comunidad intelectual que los liberaba de otras obligaciones que pudieran distraerlos. Precisamente era la liberación intelectual de otras exigencias más mundanas lo que hacía que el seminario moderno fuera un entorno institucional ejemplar. ¿Acaso el contenido abierto de los MOOC puede proporcionar un escenario comparable? ¿Un abanico de bajo coste de contenidos intelectuales puede fomentar por sí mismo una comprensión nueva y más amplia de los temas humanistas? No estoy seguro. En una ocasión, refiriéndose a esta venerable utopía del contenido intelectual gratuito y libre, Herbert Marcuse señaló con ironía que, en cuanto los diálogos de Platón pudieran adquirirse prácticamente gratis, nos tendríamos que enfrentar al problema mucho más grave de cómo afrontar los costes ingentes de entenderlos adecuadamente.